



Hegel

torio, trató de encontrar la postura especulativa que subsumiese y superase (aufgehoben) tales planteamientos.

La empresa de Hegel se fundamentó en la distinción entre representación y concepto; en el pensamiento del filósofo de Jena, la religión y la filosofía coinciden en cuanto a su objeto, pero mientras la una lo sitúa en el plano representativo, ligado a la tradición y al sentimiento, la otra se lo plantea al nivel especulativo, más acorde con los superiores intereses del espíritu racional. En último término, se trata de legitimar las aspiraciones de un discurso propio para la filosofía, ni puro fideísmo ni pura interpretación sociológica o histórica de cada fenómeno dogmático, por admisibles que sean en absoluto ambas posturas. De este modo, quien crea que ante una proposición religiosa sólo cabe la aquiescencia o el rechazo desde una posición determinadamente trascendente o científica, obtendrá provecho en leer textos como éste, que refrendan la legitimidad de otro discurso, el especulativo o propiamente filosófico: «El grito que desgarró la agonía de Jesús, presiente el abandono del ser finito a su propia libertad total, la entrega al hombre de una idea tan alta que él mismo que el propio Dios quiso hacerla suya. Es la idea del hijo del hombre, de un ser que procede de un esclavo o *osn*, de una naturaleza humana, que, por ello mismo, es heredera de

toda trascendencia y de toda fuerza». La especificidad de esta palabra no se resume en ninguno de los otros discursos políticos, reclama una verdad conceptual, más digna de ser llamada, en cierto sentido, libre.

Antonio Escotado no se refugia en el comentario bienpensante y respetuoso ni en la exégesis crudita: a partir de las premisas hegelianas, y según un estilo sabiamente deudor del de Hegel, pero propio, profundiza en unos temas que la obra del gran sistemático alemán sólo desbrozó. Su gran capacidad especulativa y su friamente apasionada inteligencia no demereren del tema elegido ni del ilustre mentor que le ilumina. ¿Hasta qué punto da cuenta del fenómeno religioso? ¿No se pierde en la alta especulación la peculiaridad del instante de la revelación, en el que Kierkegaard centraba su pensamiento religioso? La interpretación hegeliana está abierta a todas las instancias opuestas de lo individual e irreplicable, pese a su constante aspiración al cierre sistemático. Hegel es el gran interlocutor que nos asfixia, pero que también puede liberarnos... de sí mismo.

Aquel a quien por razones institucionales o por su incapacidad le está prohibido el pensamiento, no debe acercarse a este libro; los restantes (pocos o muchos) paladearán con él la alegría del pensamiento en marcha y situarán a Antonio Escotado en el privilegiado lugar que le corresponde en la filosofía española actual. ■ **FERNANDO SAVATER.**

El teatro de Lucas Fernández

La Editorial Escelicer ha publicado las siete obras conservadas de Lucas Fernández, seguidas de un apéndice con

las «Coplas de una doncella, un pastor y un salvaje», sobre cuya posible paternidad existen dudas.

La edición merece ser acogida con cierta mezcla de asombro y de sensacionalismo, pues, por más que se trate de un autor ampliamente estudiado en manuales de literatura, es la cuarta que del teatro de Lucas Fernández se hace en todos los tiempos. Habría una de 1514, otra de 1867, una reproducción de la primera, ordenada por la Real Academia en 1927, y esta de ahora.

De ahí el interés del prólogo de Alfredo Hermenegildo, responsable de la edición y estudioso del teatro de Fernández. Un prólogo en el que, condensando otros ensayos suyos anteriores, se sostiene y razona el «renacimiento» de

Lucas Fernández —considerado por la mayoría de los críticos como el autor tradicional, encerrado en Salamanca por oposición al humanismo de Juan del Encina—, intentando, en términos generales, destruir las imágenes que, a partir del «Auto de la Pasión» —éste sí, publicado en reiteradas ocasiones—, han presentado a Lucas Fernández como un hombre profundamente religioso y poco atento a las crisis de este mundo.

Aclara el prologuista, enfrentándose con dicha opinión, el carácter de cristiano nuevo que Fernández había heredado de su familia. Un rasgo que explica los tres tíos sacerdotes de nuestro escritor —también con carrera eclesiástica— y, en general, una actitud ostentosa religiosa

que, en gran parte, debía de responder a la necesidad de integrarse en la nueva sociedad española por los caminos más espectaculares y seguros. Lo que no excluye la presencia en sus obras profanas y semiprofanas de ciertos elementos de significación ideológica precisa, encaminados a defender la convivencia de todos los españoles sin excepción.

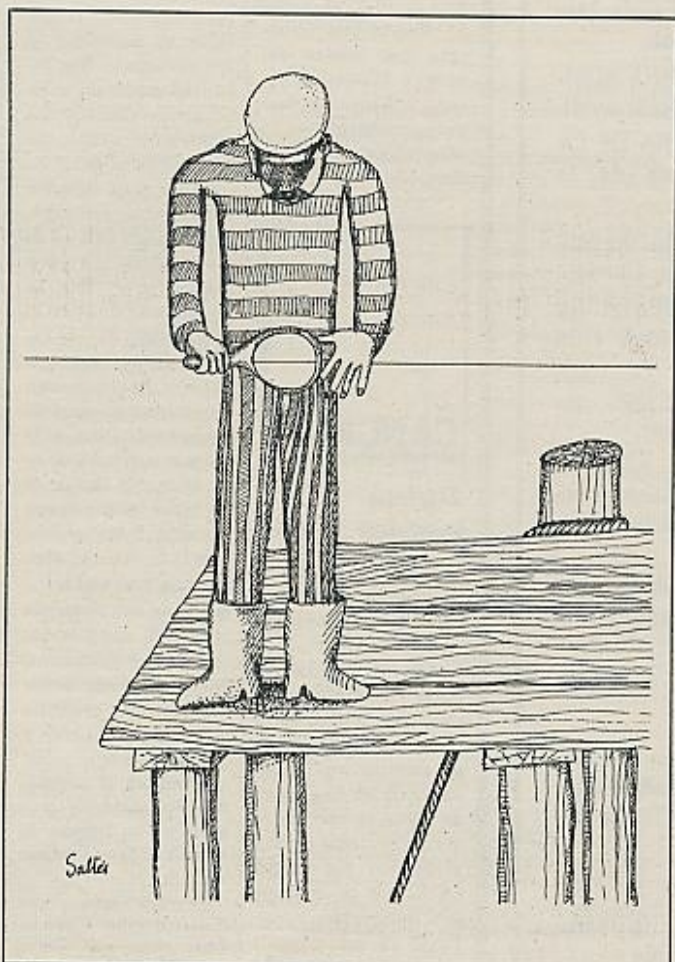
Por lo demás, es obvio que nos encontramos ante textos decididamente anclados en un tiempo que ya no es el nuestro, pero que ayudan a comprender su época y el gran proceso de nuestro teatro clásico. Sólo el «Auto de la Pasión», por su sequedad, por la violencia de sus imágenes, ha conseguido, en las anuales fechas de su tema, verse exhumado en recitales, escenarios y —hoy las

ciencias...— programas de televisión. ■ J. M.

«ACUSA»: un importante proyecto cultural

«La evolución de la sociedad industrial ha impuesto al Estado moderno, que la patrocina, la función "estandarizadora" de las obras de arte y de la cultura como productos acabados para el consumo de masas. La financiación del Estado ha "oficializado" la cultura y el arte nacional. Todavía subsisten, sin embargo, particulares mecenazgos para alimentar creaciones o difusiones de la cultura y el arte acordes, o no contradictorias, con la visión ideológica de la fuente financiera. Pero desde el punto de vista nacional, la importancia de estas iniciativas es más bien escasa, y, lo que es peor, sus manifestaciones son concordantes con las actividades fomentadas por el Estado. La cultura o el arte promocionados por mecnas individuales no difieren, generalmente, ni en orientación ni en calidad, de la cultura y el arte oficiales».

Basándose en este punto, Cristóbal Halffter, María Cuadra, Juan Antonio Castro, Carmelo Bernaola, Hermógenes Sainz, Vicente Sainz de la Peña, Francisco Heras, Ricardo Bellés y Eusebio Sempere, patrocinados por Vicente Alexandre, Pablo Serrano, Ana María Matute, Nuria Espert, Antonio Gades, Camilo José Cela, Miguel Berrocal, Eduardo Chillida y un largo etcétera, han creado un grupo promotor de actividades culturales, que, bajo el nombre de ACUSA (Avance Cultural, S. A.), pretende «abrir en España un nuevo horizonte de sensibilidad popular a través de la producción de obras, medios y actividades vehiculares del arte y la cultura». La diferencia de este proyecto con el de otras



Sallés